

Las confesiones discretas: el refugio literario de la intimidad

ANTONIO MORENO

IES Cayetano Sempere
C/ L'Avet, 3
03203 Elche
amorenog64@telefonica.net

RECIBIDO: MARZO DE 2010
ACEPTADO: OCTUBRE DE 2010

Puesto que de literatura autobiográfica voy a escribir, confío en que se me disculpará que comience tomándome un par de licencias, y en que se den por buenas. La primera de ellas es una pequeña confidencia referida al trato que desde tiempo atrás mantengo con mi madre. Estoy seguro de que esto a ella no le parecerá mal, puesto que ya apareció cierta vez junto a otros personajes en algunas de las páginas que he escrito, y no objetó nada al respecto.

Según ha ido ella adentrándose en la senectud, he frecuentado unas llamadas telefónicas que intentan salvar los kilómetros que nos separan a ambos y que han terminado por hacerse diarias. Mi madre, a su vez, me eligió como su principal oído hace mucho tiempo. Al final de cada tarde, pues, pulso los nueve números de su teléfono y escucho el tono de su voz –indicador del estado anímico que atraviesa– y su relato del contenido pormenorizado de esa jornada: qué asuntos la han atareado, con quiénes se ha cruzado en cualquiera de sus paseos vespertinos, cómo anda de salud, qué problemas la inquietan, qué ha comido, los temas que ha tratado con otros familiares nuestros... Todo aquello, en fin, que puebla el día breve de una persona de su edad, cuando más deprisa corren las horas, según me repite en algunas ocasiones.

Cada una de nuestras charlas suele durar unos quince minutos, a veces más. Transcritas en papel, sus palabras de una tarde ocuparían, por tanto, al

menos seis folios. De vez en cuando, de hecho, he pensado que valdría la pena espigar algunas de las cosas que me cuenta y escribirlas como todo lo que se escribe, con la ilusión de que no se pierdan. Ya he mencionado su gusto por el pormenor, su amor al detalle, que puede ser causa de cierta prolijidad, pero también estar en la raíz de algunas descripciones llenas de verismo, inmediatez y encanto, lo mismo que la relación de alguna anécdota jugosa o cualquier fina reflexión suya expresada al desgair. A veces es una visita al mercado, por ejemplo, o la visión aún sorprendida del mar, ante el que halla compañía, o bien un comentario sutil sobre la condición humana.

También he pensado que mi madre, sin saberlo, lleva un diario. Todo lo oral y volandero que se quiera, pero un diario cabal cuyo continente no son las hojas en blanco de un cuaderno, sino la flaca memoria de uno de sus hijos. Al menos consuela saber que, a la larga, todas las memorias son igualmente quebradizas. En este diario telefónico, como en todos los que se escriben, tienen entrada muy diversos temas, las ineludibles vicisitudes atmosféricas, conflictos particulares, gentes variopintas, dudas y zozobras del espíritu; pero también las cuestiones crematísticas y preocupaciones de orden material. De haber extractado todas estas materias por escrito, sin duda habrían llenado varios tomos de apretada letra.

La conclusión que se desprende de esta anécdota autobiográfica es evidente: en mayor o menor medida, todos necesitamos un confidente con quien compartir un tipo singular de comunicación; o como señaló Sándor Márai en una de sus novelas, todos necesitamos a alguien que sea testigo de nuestras vidas, de aquello que decimos, aquello que hacemos o dejamos de hacer. En el epílogo a su libro *Historia de la noche* se refería Jorge Luis Borges a Montaigne como el “inventor de la intimidad”, cuando lo cierto es que la intimidad radica ya en ese menester de hacer a otro ser partícipe de nuestras interioridades.

Ahora bien, es necesario diferenciar lo que usualmente denominamos *intimidad* de la *intimidad literaria*. Transcrito palabra por palabra, el diario oral de mi madre me temo que tan solo tendría un valor humano y testimonial dentro del reducido círculo de los suyos, como esos álbumes fotográficos familiares que acaso pueden contener algunas tomas sugestivas, pero cuyo interés resulta limitado para los demás. Los diarios que verdaderamente importan –o que al menos a mí como lector más me importan– son los literarios. Los otros meramente personales pueden interesar al investigador, al curioso, al historiador, pero no al lector común.

En el capítulo de *El defensor* dedicado a la carta misiva y a la correspondencia epistolar, Pedro Salinas establece la distinción entre las epístolas (escritas, como un género más, para ser publicadas) y las cartas privadas (dirigidas a uno o unos pocos destinatarios). Sin embargo, a continuación Salinas no tarda en advertir perspicazmente la imprecisión de los límites que separan las unas de las otras. Cita el epistolario que la marquesa de Sévigné le escribió a su hija. Cuantas eran cartas privadas de una madre remitidas a su primogénita se convirtieron en literatura porque Madame de Sévigné sucumbió al llamamiento de lo que Salinas denomina “El demonio de la tentación”, el cual no es otro que la seducción provocada por el lenguaje: “Porque el lenguaje”, afirma Salinas, “tiene sus misteriosas leyes de hermosura, sus secretas exigencias, también, que tiran del que escribe. Es muy difícil que la persona que se pone a escribir no sienta, dése o no cuenta clara de ello, prurito de hacerlo bien, de escribir bien” (238). Salinas ciertamente destaca una obviedad (pero a menudo resulta que perdemos de vista aquello que es más palmario), a saber: así como no es literatura todo cuanto se escribe con el ánimo de publicarlo, en ocasiones sí lo son los escritos en principio pertenecientes a ámbitos privados. Todo, como se ve, estriba en la vieja cuestión del lenguaje.

Está claro, no obstante, que para que una obra –en este caso, un diario– sea literaria no basta con que esté bien escrita, aunque en esta voluntad de perfección se localiza su germen inicial. No entiendo, pues, ni puedo compartir el adanismo purista que condena el estilo como el principal enemigo de la escritura diarística. He leído u oído a varios diaristas rechazar el estilo, en el que ven una especie de hipócrita impostación de la voz incompatible con la supuesta espontaneidad de este género. Un diario sin estilo, sin embargo, sería algo tan desabrido como la fruta sin sabor. Mencionaremos una vez más la muy citada frase del conde de Buffon –recordada por Azorín– de que “el estilo es el hombre”, porque esa singularidad única de cada individuo que se sienta a escribir es justamente la mayor causa del atractivo de los textos autobiográficos. Pero el estilo no sólo depende de una técnica, del empeño consciente de ahorrar el idioma para amoldarlo a un ideal de perfección; el estilo, y sobre todo el estilo del diario, entraña también un lado natural e instintivo, una no estudiada gracia que nos atrae como nos seducen los movimientos gráciles e innatos de ciertas muchachas que de repente vemos andar por cualquier calle. En todo caso, considero que la escritura de los textos autobiográficos –memorias, diarios, epístolas– nunca debería traicionar esta parte irreductible y personal del ser humano. Por eso el verdadero enemigo del escritor de un dia-

rio consiste en el exceso del estilo, que es la afectación y la artificiosidad del lenguaje, inconveniente en los otros géneros, pero inaceptable cuando de la intimidad se trata.

Por lo demás, insistiré en que la intimidad de los diarios más notables es literaria, es decir, ajustada a la voluntad de perfección y de forma a que he aludido antes. El diario literario no excluye la confidencia ni la verdad profunda; más bien entiende que el lenguaje escrito y el estilo son las herramientas necesarias para expresarlas, entablando uno de los diálogos más asombrosos: el diálogo callado ante uno mismo y ante el papel, a solas, el cual no es un soliloquio propiamente, puesto que el soliloquio posee unas connotaciones externas y teatrales derivadas de ser un parlamento en voz alta, propio de actores y de locos. El diario literario busca la palabra interior, y sus principales confidentes son, en igual medida, el silencio y el lenguaje, o al menos así sucede en los que uno ha procurado hacer. Su escritura busca asimismo esa comunicación intensa y exclusiva que todos necesitamos, si bien en un grado y con unas cualidades muy diferentes de las ordinarias, porque nace del silencio y desemboca en él, aunque después llegue a publicarse. En sus páginas aparecen palabras muchas de las cuales, pronunciadas en el foro, nos harían pasar por absurdos, histriónicos o alienados, según acabo de apuntar. Esto último es lo que, de un modo algo parecido, le sucedió a Don Quijote, que no sólo confundía literatura y vida, sino que además exteriorizaba visiones suyas de la realidad y pensamientos que por lo común no dejamos que traspasen el cerco de los dientes. Por eso, como a su escudero, quienes lo trataban no sabían si reputarle totalmente de loco o de discreto, admirados de ver cómo entreveraba las razones.

Estas dos palabras, *discreción* y *discreto*, van y vienen por una gran parte de las obras de nuestro Siglo de Oro. En *El Quijote* las encontramos docenas de veces en boca de los personajes, en la voz del narrador y hasta incluidas en los títulos de algunos capítulos de la novela. *Diálogo de la Discreción* denominó uno de sus discursos el humanista vallisoletano Damasio de Frías, elogiado por Cervantes en *La Galatea*. Y *El Discreto* se titula también un tratado de Baltasar Gracián, sin contar la infinidad de ocasiones en que Lope de Vega emplea esas dos voces en sus comedias. Así como los protagonistas de aquellos libros podían pasar por simples o por discretos, según el buen juicio e inteligencia o el despropósito de sus palabras y obras, el escritor de diarios suele oscilar entre la discreción y la tontería. Frente al discreto, esto es, el comedido, el mesurado y juicioso, cuyos dichos emanan de la sensatez, estaba el necio, de pala-

bras carentes de agudeza y buen criterio. Pero la discreción cervantina no se restringía a un realismo cauto o a unas normas prácticas para el arte del marear diario; la discreción supone también una inteligencia cultivada, una afinación de la sensibilidad y del espíritu, un perfeccionamiento, en suma, que gusta de la compañía y de la conversación enjundiosa tanto como de la soledad. En ese modo de ser reside buena parte del encanto de Don Quijote tanto como su locura, que es inseparable de él.

Recíprocamente, la discreción es amiga de la intimidad y viceversa: la intimidad siempre es compañera de la discreción. Por lo tanto es incongruente pretender que un diario recoja impudicamente los recovecos más escondidos de la persona que lo escribe. No todo puede tener cabida en él; no todo sirve, sino tan sólo aquello que necesita ser expresado. Exigirle falta de contención o recato a un diario para ratificarlo como tal es tan pueril como pedirle la desnudez a un amigo. Cada uno llega hasta donde desea o precisa llegar. Nunca más lejos. Hay, en consecuencia, que discriminar, y esta labor de selección forma parte de la empresa consciente del estilo.

Ciertos escritores y *especialistas* en el estudio del diario literario tratan de fijar unas determinadas características inherentes a este género. No digo yo que no puedan distinguirse algunas, pero postularlas como precisas e inexcusables para declarar qué textos son verdaderos diarios y cuáles ilegítimos o fingidos creo que revela cortedad de miras. En este caso concreto, cualquier requerimiento implica una preceptiva más o menos explícita, algo completamente artificioso e inoportuno para un género cuyo mayor encanto radica en su soberana indeterminación, en su signo errante y discontinuo y en su libertad de formas. Pensar un poco sobre la escritura de los diarios no está mal; empeñarse, sin embargo, en sostener que para que lo sean deben cumplir ciertos requisitos me parece afanarse en ponerle puertas al campo.

Señalaba Andrés Trapiello, el más colosal de los diaristas españoles, dos elementos en todo texto escrito con el designio de convertirse en un diario: continuidad e intimidad. Si bien coincido con él en que éstos son los dos pilares propios de este género, estimo que la importancia de la continuidad, aunque innegable, tampoco llega a ser categórica. Pondré un ejemplo: el *Diario disperso* (*Dietari dispers*) de Marià Manent, redactado a lo largo de un periodo muy dilatado, desde 1918 a 1984, y, tal como indica su título, de un modo desperdigado e intermitente, con grandes intervalos inactivos. En *Diario disperso* se alternan las abundantes descripciones paisajísticas con los episodios privados, literarios e históricos. Cualquiera que se asome a estas hermosas páginas

comprobará su indudable unidad, debida a dos factores: la constancia de la mirada del autor y, sobre todo, la permanente conformidad o ligazón del tono y del lenguaje. Para mí importa mucho más, pues, ese maridaje de la mirada, del tono y del tipo de expresión que la asiduidad con que el escritor visita su cuaderno. Lo esencial en un diario es que en él descubramos una voz reconocible, una mirada personal y un lenguaje atractivo. En mi opinión, la mejor crítica que quien publica un diario puede recibir de un lector es que éste le diga lo siguiente: “Su libro me ha dado mucha compañía”. Y este sentimiento guarda una estrecha relación con un lenguaje que acompañó, en primer lugar, al autor de ese diario mientras lo fue escribiendo. De ahí que haya destacado más arriba la importancia del estilo. Algunas novelas también pueden regalarnos la misma misteriosa forma de amistad, y hasta de hermandad, como sucede con muchos capítulos de *El Quijote*; pero las más sólo nos deparan ese sucedáneo de la auténtica compañía llamado “entretenimiento”. Pedirles a las creaciones que sean entretenidas es hoy, más que nunca, una despótica ley del mercado que ha estragado el gusto. Por eso los diarios raramente tendrán un público, sino contados lectores, lo mismo que la poesía.

Todo lo dicho hasta ahora apunta al otro principio señalado por Trapie-llo como elemento sustantivo de los diarios: la intimidad. La expresión de aquello situado en nuestros más profundos adentros viene de muy lejos y, de un modo u otro, siempre ha estado presente en la cultura, porque la intimidad no es una invención literaria, sino una realidad inherente al ser humano, desde el momento en que una conciencia que a sí misma se dice *yo* y que se identifica con un nombre debe convivir y compartir destino e intereses frente a otras conciencias y otros nombres. La intimidad está en el teatro de Sófocles y en el de Shakespeare, en las epístolas morales de Séneca, en las confesiones de San Agustín y en las de Rousseau, en Pascal, en las cartas de la monja portuguesa... Por no hablar de la poesía ni del sinfín de músicas que la han comunicado, algunas de las canciones de trovadores, las composiciones para vihuela de Luis de Narváez, las de laúd de Jonh Dowland, o los contrapuntos de Bach, los cuartetos de Mozart, los *impromptus* y *lieder* de Schubert... Ya digo que la intimidad literaria no es una causa, sino un efecto. Con todo, es evidente que la palabra silenciosa de la escritura la ha hecho crecer y ha conquistado terrenos inéditos para ella.

El río de la tradición ha sido –ya se ve– largo y caudaloso, y no parece que vaya a extinguirse, por más que cualquiera de nosotros que se detenga a meditar sienta las amenazas de sequía de los tiempos presentes. Pero esta sen-

sación de peligro y de disolución ya es también antigua. Desde el fin de la Ilustración a nuestros días una parte significativa de los pensadores ha entonado el canto del cisne de muchas creencias y valores seculares, incluyendo a Dios, al hombre y, con él, el sagrado mundo interior de su intimidad. Salta a la vista que nuestra forma actual de vida no ayuda precisamente a atenderla y desarrollarla. Vivimos bajo el peso abrumador de un inminente Apocalipsis espiritual incansablemente anunciado. En su ensayo *La confesión: género literario*, María Zambrano se refiere a la confesión como un género de crisis que se hace necesario en aquellos periodos históricos en los que la vida y la verdad se han visto distanciadas. Según esta escritora, la confesión literaria –San Agustín en el mundo antiguo; Rousseau en el moderno– se ha esforzado por mostrar el camino en que la vida se acerca a la verdad. El hombre moderno se ha convertido en un ser extraño para sí mismo, y a veces ha perdido la más honda intimidad, que es la intimidad consigo mismo (Zambrano). La confesión literaria puede ser un camino para restaurar la unión del hombre con el mundo y con su propio centro. Creo que estas consideraciones valen también para entender mejor la proliferación contemporánea de los diarios.

El escritor de diarios a menudo echa de menos o busca una verdad perdida, en sus páginas se percibe en algún momento una humilde sed de trascendencia. El escritor de diarios ama la sinceridad, el mundo cotidiano y los seres que lo pueblan; en ocasiones, como le sucedió a aquel infante Arnaldos del romance, halla en él portentos tan sencillos como un navío que se acerca a la orilla. Sabe, por último, que escribir en su cuaderno conjugando los verbos en primera persona del singular carece de relevancia, puesto que ese yo al que esos verbos se refieren tiene mucho de ilusión. Puede que el escritor de diarios del que ahora estoy hablando se parezca bastante a mí.

Decía al principio que me había tomado dos licencias. La primera era la alusión al diario telefónico de mi madre. La segunda licencia ha sido valerme de ese espejismo del yo a la hora de escribir estas palabras. Espero que también se me dé por buena.

Obras citadas

Salinas, Pedro. "El defensor (1948). 1. Defensa de la Carta Misiva y de la correspondencia epistolar". *Ensayos completos II* Ed. de Solitas Salinas de Marichal. Madrid: Taurus, 1981. 217-93.

Zambrano, María. *La confesión: género literario*. 1943. Madrid: Mondadori, 1988.